

El sueño de una lengua universal

Ha habido intentos de superar la barrera de los múltiples idiomas

JESÚS MOSTERÍN

Desde el Génesis, se considera la diversidad de las lenguas como un castigo divino que impide la cooperación entre los hombres, hasta Voltaire, que la califica como "una de las mayores plagas que asolan a la humanidad", muchos han lamentado la inmensa barrera que para la intercomunicación humana supone la multiplicidad de las lenguas.

Si el vulgo espeso y municipal estaba condenado a no traspasar nunca el agujero de su propia etnicidad, al menos la comunidad occidental de los sabios y eruditos tenía su propio instrumento de comunicación universal: el latín. Durante la Edad Media, el Renacimiento y el Barroco, el latín era la *lingua franca* de las universidades, del derecho, de la teología, la ciencia y la filosofía. Todavía en el siglo XIX el gran matemático Gauss escribía sus obras en latín, y en latín se presentaban las tesis doctorales en Alemania y Francia. Pero el latín era

una lengua complicada y difícil, demasiado llena de idiosincrasias e irregularidades como para permitir su uso generalizado como lengua moderna auxiliar. Por eso, los que pretendían resucitarla para este nuevo rol proponían simplificarla y regularizarla drásticamente. Entre estas propuestas destaca el *Latino sine flexione* del lógico Peano.

Los filósofos del siglo XVII, buenos conocedores del latín, eran conscientes de que esa lengua, además de ser difícil, presentaba todo tipo de defectos y ambigüedades, como cualquier otra lengua natural, defectos que sólo podrían ser superados con la construcción de una "lengua filosófica" artificial.

Descartes había concebido dos posibles lenguas universales. Una lengua universal utilitaria y práctica, como una gramática simple y completamente regular, tal que "los espíritus vulgares" aprenderían a usarla (con ayuda de un diccionario)

"en menos de seis horas". Y una lengua filosófica, "una lengua universal muy fácil de aprender, de pronunciar y de escribir... y que ayudaría al pensamiento, representándole tan distintamente todas las cosas que casi resultaría imposible equivocarse; a diferencia de las palabras que ahora tenemos, que casi no tienen más que significados confusos, a los cuales el espíritu de los hombres se ha acostumbrado desde hace tiempo, lo cual es la causa de que no se entienda casi nada perfectamente. Yo considero que esta lengua es posible...".

Muchos estudiosos, desde los ingleses Dalgarno y Wilkins hasta el español Sotos Ochando, trataron de crear una lengua filosófica, aunque ninguno con tanta profundidad y rigor como Leibniz. Algunos proyectos fueron tan peregrinos como el de Sudre, que propuso una lengua universal cantable, *Sol-resol*, basada en las siete notas de la música.

Según Leibniz, todas las ideas complejas son combinaciones de ideas simples, lo mismo que todos los números naturales son

productos de números primos. El programa leibniziano era ambicioso: habría que analizar todas las ideas del espíritu humano, hasta reducirlas a sus presuntos componentes elementales, las ideas simples. A continuación habría que confeccionar un catálogo completo

de todas las ideas simples. Además, habría que elaborar una gramática racional que reflejara perfectamente las relaciones lógicas entre las ideas. Si asignamos números primos a las ideas simples, entonces cada idea compuesta será representada por el producto de los números primos correspondientes a sus ideas componentes. Como cada número natural es unívocamente descomponible en factores primos, así también, dado el número de cualquier idea compuesta, podremos averiguar inmediatamente cuáles son las ideas simples de que se compone. Todas las verdades conceptuales quedarían representadas por verdades aritméticas. El programa



leibniziano (que adelanta ideas de Gödel), tan grandioso como impracticable, nunca llegó a realizarse.

Todas las lenguas artificiales filosóficas o *a priori* resultaron ser inviables. No hay un catálogo de ideas simples del espíritu humano. Además, esos proyectos ignoran los constrañimientos biológicos y psicológicos que el aparato cognitivo humano impone a toda lengua.

El fracaso del programa apriorístico abrió el camino a las propuestas de lenguas artificiales universales de tipo "empírico" o *a posteriori*, inspiradas en las lenguas naturales, aunque mucho más fáciles de aprender y usar que éstas, debido a su mayor regularidad y simplicidad. Renouvier analizó agudamente el problema de la lengua universal, que debería ser "filosófica por su gramática, pero empírica por su vocabulario". Esa lengua debía constituirse definitivamente en cuanto a su forma, pero sólo provisionalmente en cuanto al vocabulario, que debía adoptar las raíces más comunes de las lenguas naturales. Jacob von Grimm, fundador de la gramática histórica, hablaba de "las ventajas extraordinarias que resultarían para todo el género

humano de la formación y adopción de una lengua universal", cuyas características él enumera con claridad. Ninguna lengua natural las satisface, por lo que una artificial se haría necesaria. Ha habido más de 40 proyectos de lengua universal, de los cuales los más famosos son el *volapük* y el *esperanto*.

El *volapük* (lengua mundial) fue propuesto por monseñor Schleyer en 1880, y tuvo un gran éxito inicial. En 1888 ya había un millón de volapükistas y 283 sociedades o clubes que lo promocionaban. Pero enseguida empezaron a multiplicarse los intentos divergentes de reforma, que ocasionaron la fragmentación y fracaso del movimiento. Posteriormente, Rosenberg rechazó completamente el *Volapük*, transformándolo en una lengua mejor, el *Idiom Neutral*.

La más exitosa de las lenguas artificiales ha sido la *lingua internacia de doktoro Esperanto*, propuesta por Zamenhof en 1887. Nació en una esquina de Polonia (ahora Bielorusia) agitada por permanentes conflictos entre las comunidades polaca, rusa, alemana y judía que la habitaban, aisladas unas de otras por la diversidad de sus lenguas, Zamenhof decidió

dedicarse al ideal de facilitar la comunicación entre todos los humanos mediante la creación y difusión de una lengua internacional auxiliar. El *esperanto* tuvo una gran difusión. En vista del fracaso del *volapük* por sus centrifugas reformas, los miembros de la Liga Esperantista decidieron por votación en 1894 no aceptar ninguna reforma de la versión inicial del *esperanto*, aunque fuera una reforma propuesta por el mismo Zamenhof! Con ello el *esperanto* quedó como momificado. Más adelante, y aparte de la Liga, varios filósofos y lingüistas (sobre todo Couturat) definieron una versión mejorada y simplificada del *esperanto* original, llamado *Ido*. *Ido* es probablemente el mejor proyecto de lengua universal auxiliar.

La lengua universal debe ser única y debe ser enseñada en todas partes, pero ninguna de las lenguas artificiales propuestas logró ese objetivo. Como alternativa se ofrecía la de tomar una imperfecta lengua natural y tratar de simplificarla. Aunque el francés había sido la lengua de más prestigio y uso en el siglo XVIII, ese rol había sido asumido ahora por el inglés. Entre 1925 y 1932 el lingüista Ogden inventó el *Basic English*, con un vocabulario de 850 palabras frecuentes y una gramática simplificada, con la intención de que sirviera de lengua auxiliar internacional. Sin embargo, la mayoría de los extranjeros prefirieron aprender el inglés real más bien que el *Basic English*, por lo que acabó desapareciendo del mapa. Así llegamos a la situación actual, en que el inglés parece ofrecer la alternativa más realista.

El sueño de una lengua filosófica que permita el razonamiento infalible es una utopía inalcanzable. El ideal de una lengua empírica artificial simple y regular, que sustituya con ventaja o acompañe a todas las lenguas naturales y facilite la comunicación humana, sólo habría cuajado con un gobierno mundial que la hubiese respaldado vigorosamente. En el mundo imperfecto en que vivimos, a los que miramos con simpatía el proyecto de una lengua universal no nos queda más remedio que apuntarnos al carro del inglés.